# CURRITO EL ANSI

ALVARO
RETANA



NOVELA
1ORAL

Alvaro Retana
1920

COLECCION
AFRODIT

7
116388

COLECCIÓN «AFRODITA».—III.

# CURRITO
# "EL ANSIOSO„

Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Imp. de V. Rico.-Paseo del Prado, 30.-MADRID

B 62 860

COLECCIÓN «AFRODITA».—III.

ALVARO RETANA

# CURRITO "EL ANSIOSO,,

ACCIDENTADA HISTORIA
DE UN GOMOSO PERVERTIDO



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4. — MADRID

# OBRAS DEL AUTOR

*Al borde del pecado* (Novela).
*El capricho de la marquesa* (Tríptico galante).
*La carne de tablado* (Escenas pintorescas de Madrid de noche).
*El crepúsculo de las diosas* (Escenas alocadas de la vida galante en Barcelona).
*Ninfas y sátiros* (Escenas pintorescas de Madrid de noche).
*Los extravíos de Tony* (Confesiones amorales de un colegial ingenuo).
*La primera aventura de Leticia* (Novela).

## COLECCION «AFRODITA»

### LAS DOCE NOVELAS EJEMPLARES

I. *Las «locas» de postín.*—II. *Una niña «demasiado moderna».*—III. *Currito, el Ansioso.*—IV. *Los tres pecados de Celia.*—V. *El vicio color de rosa.*—VI. *Una noche de verano sin sueño.*—VII. *El fuego de Lesbos.*—VIII. *La mujer de las manos bonitas.*—IX. *Las «furcias» en el destierro.*—X. *El niño de la trenza lisa.*—XI. *Se ha perdido un chico guapo.*—XII. *El ocaso de las vírgenes.*

# PRÓLOGO

*En* Las «locas» de postín—*primer volumen de la* Colección Afrodita—, *me he permitido la libertad de presentar al público los más calificados ejemplares de la fauna perteneciente al tercer sexo.*

*Los misterios más pintorescos de esa religión, mantenida por sacerdotes que abominan de las sacerdotisas, y a las cuales, sin embargo, envidian y suplantan, han sido revelados por mí para regocijo del público, que ha patentizado su interés, agotando seis mil ejemplares de la obra en menos de tres meses. Las personas ecuánimes, sanas de cuerpo y de espíritu,*

*se han regodeado bastante, documentándose en las intimidades de los personajes de* Las «locas» de postín, *y en el coro de alabanzas con que se me ha favorecido pública y privadamente, sólo han desentonado los agudos chillidos de los interesados, que, en su arrebato, han llegado hasta a dirigirme anónimos ridículos, demostradores de su femenil cobardía y de su hilarante histerismo.*

*En* Currito, el Ansioso, *presento otros curiosos ejemplares de esa fauna que vive en el extrarradio moral. Pero éstos no son como los personajes de* Las «locas» de postín, *ciudadanos que abiertamente se resisten a la dulce influencia de las adorables y adoradas hijas de Eva. Los protagonistas de* Currito, el Ansioso *—que por desgracia abundan más de lo que parece—, pertenecen a ese grupo que pudiéramos llamar* partidarios de repicar y andar en la procesión. *¡Quizás los personajes de* Las «locas» de postín *sean más inofensivos, porque desde el primer momento* se les ve venir. *No engañan a nadie, porque exteriorizan sus aficiones y costumbres en una forma que no ofrece dudas, y el que quiere los trata, y el que no, se aparta de ellos.*



*En cambio, los correligionarios de* Currito, el Ansioso, *bajo su apariencia de honorabilidad, cultivan toda clase de voluptuosidades prohibidas, no limitan las explosiones de sus sentidos, y como si disfrutaran del don de la ubicuidad, tan pronto se presentan ante nosotros con caracteres de carne, como de pescado, aunque analizándolos bien, no sean ni lo uno ni lo otro. Saborean toda la gama del placer erótico, y su vida es un arco iris*

*deslumbrante. Para ellos no existe tonalidad vedada, y lo mismo disfrutan entregándose a las locuras del rojo rabioso, que a los enervamientos del azul celeste. Buscan su felicidad por todos los procedimientos imaginables, pero conservan siempre el secreto de su dicha, procurando arrastrar una existencia irreprochable, y hasta no se recatan en abominar públicamente de esas gentes acusadas de las costumbres que ellos ocultan con tanta discreción. Tal vez porque como asegura Jacinto Benavente «odiamos a las personas que tienen nuestros vicios, porque nos parece que los desacreditan».*

*Yo quiero descargar mi conciencia antes de lanzar* CURRITO, EL ANSIOSO. *a la circulación, repitiendo cuanto dije en el prólogo de* El crepúsculo de las diosas; *esto es: que no apruebo ni comparto* NINGUNA *de las ideas sus-*



*tentadas por cuantos personajes describo en mis novelas. Aspiro a reflejar mi época; pero esto no significa que yo simpatice con las costumbres de mis contemporáneos, ni siquiera que las disculpe. Yo paseo mi espejo de novelista por la vida, y no tengo la culpa de que la vida empañe el cristal con visiones condenables.*

*Precisamente porque mi existencia, compartida con una idolatrada mujercita de quince años, es modelo de regularidad y porque vivo detrás de un tul para que el mundo admire mi intachable conducta, es por lo que me atrevo a retratar las amoralidades ajenas. Si yo hubiese perdido mi propia estimación, no me habría arriesgado a ejercer de moralista ilustrando a la posteridad en cuanto malo ocurrió en la época en que aparecieron mis producciones.*

*Y repitiendo una vez más mi absoluta neutralidad en esas accidentadas batallas que se libran en los campos del Pecado Mortal, me despido del lector, advirtiendo a los estúpidos enviadores de anónimos que yo soy el único responsable de todo cuanto firmo, y estoy* siempre *dispuesto a arrostrar las responsabilidades en que me pueda hacer incurrir mi indiscreción de novelista. Y me río muchísimo con mi sabrosa queridita, cada vez que leemos juntos uno de esos divertidos papeluchos, ilustrados con calaveras, en que un* valiente, *escondido en la sombra, osa amenazarme de muerte si continúo la publicación de novelas de clave.*

*¡Aún quedan nueve volúmenes de la* Colección Afrodita, *que van a ser sensacionales!...*

*ALVARO RETANA*

# CURRITO DESPIERTA...

# I

Cuando Currito despertó, sobre las doce y media de la mañana, abrió los ojos, recorrió con la vista la confortable y perfumada estancia y suspiró profundamente, satisfecho de la vida.

Después, contemplando el rayo de sol que llegaba hasta el lecho, esparciéndose como una cabellera de oro, recordó que María Teresa, la tierna criatura de quien estaba tan prendado, era rubia, y aquello le hizo agitarse entre las sábanas con

un movimiento indeciso, como del que no encuentra lo que busca.

Por suerte o por desgracia, aquella noche había dormido solo, y contrariado dió una vuelta sobre sí mismo, escondiendo la cabeza bajo la almohada, como si pretendiera retener mejor así la imagen de la niña, que le inflamaba de los mismos rabiosos deseos que cuando estaba junto a él y le estrechaba entre sus brazos ávida de goce. Con los ojos cerrados y la cabeza bajo la almohada, Currito mantuvo la evocación de María Teresa, tan incitante para él, a pesar de los doce años, con la rosada suavidad de la figura andrógina, la expresión de los ojos intensamente azules, la boquita excesivamente chica y roja, y sobre todo la abundante y áurea cabellera, que caía sobre los hombros de la chiquilla como un torrente de oro en fusión.



Embriagado en el recuerdo de María Teresa, Currito desnudóla mentalmente y creyó que, como en la realidad, volvía a acariciarla una vez más y recorría a besos los senos diminutos, el talle delicado y los muslos gloriosos, guardadores en su unión de un sabrosísimo tesoro que trastornaba la razón del joven. La añoranza de aquella adorable figulina, al parecer forjada por el diablo con nácar, rosas y oro para enloquecer a Currito, crearon en éste una excitación que no podía calmarse en otra forma que esa cuyo final no por estéril deja de ser delicioso.

Adornándola en su imaginación con delirantes matices, Currito puso de su parte cuanto pudo por hacerse la cuenta de que alcanzaba nuevamente la incompleta posesión de la lejana chiquilla, y pronto resonaron en la alcoba esos suspiros entrecortados reveladores de que la ficción adquiere visos de realidad y lo positivo sustituye a lo quimérico.

Quedó Currito satisfecho y desmadejado, sumido en una grata bienandanza espiritual y física, y dominado por la dulce placidez provocada volvió a conciliar el sueño, sin acordarse de que tenía que almorzar a la una con su penúltima amante.



Currito Neyra, más comúnmente conocido por Currito, *el Ansioso*, contaba diez y ocho años y vivía desde los trece en pecado mortal.

Había nacido en Sevilla, y sus primeros años los pasó en el hogar de sus padres, que eran los porteros de una casa de la calle de las Sierpes, propiedad de un vetusto aristócrata que residía en Madrid. Currito era el mayor de los cuatro hijos del matrimonio y el que superaba a todos en simpatía e inteligencia. Desde su más tierna infancia, Currito había sido un niño de imaginación exaltada, que vivía despierto unos sueños absurdos de aventura y grandeza, insospechables en una criatura perteneciente como él a una familia modesta y que no había tenido oca-

sión de saborear las dulzuras de una vida fastuosa.

Ocupaba uno de los puestos más preeminentes en el colegio, y servía de ejemplo a sus camaradas por su amor al estudio y su afán de ilustrarse.

El ansia de saber animábale a devorar cuantos libros, periódicos y revistas hallaba al alcance de su mano, y la casi totalidad del dinero con que su padre o los señores le feriaban invertíala en adquirir novelas truculentas que exacerbaban más aún su sensibilidad y le hacían soñar con una existencia completamente opuesta a la que por su nacimiento le correspondía.

Uno de los libros que más eficazmente contribuyeron a perturbar



a Currito fué *Las mil y una noches*, que le cupo en un sorteo de premios escolares. Aquella sucesión de episodios fantásticos en que se combinan tan magistralmente lo extraño y lo suntuoso, lo bello y lo imprevisto, sobre una orgía de colores y de luces, donde irresistiblemente triunfan el amor y el placer, llenaron la cabeza de Currito de misteriosas ambiciones y avivaron en él la llama del deseo sensual. A los doce años y medio causaba la admiración de cuantos le conocían, por su talento precoz y su gracia finísima. Era por entonces un bonito muñeco, prematuramente desarrollado, de carnes torneadas y aristocráticos modales, con un rostro encantadoramente ambiguo y pálido, cu-

yo principal atractivo eran los ojos negros, enormes y brillantes, como dos grandes cuentas de azabache, puestas bajo el arco perfecto de las cejas. El color de la piel morena tenía unos raros irisados, como si por la venas del chiquillo circulasen corrientes de fuego, y todo este fuego parecía reconcentrarse en los ojos, que ardían materialmente de ambición y de deseo.

Por aquella época, el primogénito del dueño de la finca de la calle de las Sierpes presentóse en Sevilla, para pasar la Semana Santa, acompañado de unos cuantos amigotes con pretensiones de artistas más o menos aristocráticos. Entre ellos figuraba Adelardo Rosales, cuyos retratos femeninos empezaban a co-



tizarse en la alta sociedad madrileña, y cautivado por la simpatía e inteligencia de Currito propuso a los padres de éste llevárselo a la Corte para que ejerciese en el estudio las funciones de «botones». Los padres de Currito aceptaron inmediatamente tal proposición, que les ahorraba la manutención y gastos de un vástago, y el interesado respiró gozosamente advirtiendo que el momento de su liberación había llegado. Madrid revestía para él caracteres de ciudad encantada, de paraíso maravilloso, donde encontrar el puente que le condujese al logro de sus anhelos. Currito aspiraba a vivir regaladamente, no ya sin sufrir privaciones, sino pudiendo satisfacer los menores antojos, triunfar por

sus vestidos, sus alhajas y sus carruajes y despertar admiraciones, envidias y pasiones. Tenía alma de cocota y de emperador, y por ver realizado su ideal de poderío hubiera renunciado a sus más caros afectos y se hubiera impuesto los más duros sacrificios.

Por eso, a los tres meses de su entrada en Madrid, cuando un joven aristócrata que frecuentaba el estudio de Adelardo Rosales, malsanamente interesado por la hermosura andrógina y creciente de Currito, le brindó una protección equívoca, el precioso «botones» despidióse del pintor y entró al servicio de su nuevo protector el marqués de Baxera, que vivía con su esposa en un palacio propio de la



calle del Barquillo, pero que disponía de un coquetón pisito en la calle de la Florida para ocultar sus idilios con las princesas más costosas de la galantería cortesana.

Oficialmente, Currito pasó a ser el guardián de aquel nido del marqués; mas algunos enemigos del aristócrata no tardaron en sospechar que, en realidad, el supuesto «botones» era el verdadero dueño de aquel rincón de hadas, amueblado con refinamiento y suntuosidad de príncipe para favorecer las aventuras del marqués de Baxera con las desnudables en boga.

Como Currito no contaba sino trece años y su protector era un muchacho de veintisiete, y además existía la diferencia de clase

social, no podían exhibirse públicamente juntos, y esto favorecía a Currito, que entraba y salía libremente con su uniforme azul marino y le permitía frecuentar teatros y cines sin molestas compañías y hacer, en suma, cuanto le viniese en gana, sin más obligación de su parte que abstenerse de amistades peligrosas y consagrar al marqués dos horas diarias, que, lejos de debilitar al monigote, parecían hermosearle y prestarle vigor.

A las órdenes de Currito estaba una vieja sirviente de toda la confianza del marqués, que le hubiera enterado en seguida de cualquier travesura o infidelidad del chiquillo; pero éste, como no carecía de libertad y poseía cuantos juguetes



apetecía, disfrutaba de una biblioteca constantemente renovada y comía admirablemente en una casa regia, y siempre tenía un billete de cinco duros en su carterita de piel de Rusia, veía transcurrir los meses orgulloso del bienestar adquirido a costa de saciar la lujuria de un ciudadano que también procuraba dejarle a él saciado, y no pensaba ni remotamente en motivar cualquier incidente que alterase las delicias de aquella existencia ambigua, plácida y regalona.

Currito era feliz, y su única preocupación era conducirse correctamente para no perder aquella felicidad de tan difícil sustitución. Muchas veces el chico, que había sido iniciado por el marqués en una ex-

traviada orientación erótica, sentíase atraído en la calle o en el teatro por muchachos que encontraba más sugestivos que el marqués de Baxera, y lo mismo le sucedía cuando hallaba en su camino una muchacha de su agrado; pero siempre el temor a incurrir en el enojo de Pocholo, si éste se enteraba, detenía el instinto de Currito.

Durante cerca de tres años el idilio culpable de Currito y el marqués deslizóse en el mayor recato y sin que una sola nube empañase el cielo de su dicha. Con el transcurso del tiempo, el mozalbete conocido en el estudio de Adelardo Rosales habíase metamorfoseado en un gentil adolescente que empezaba a inquietar a las mujeres por su plasti-



cidad estatuaria y su aire altivo de futuro don Juan. Currito abandonó el uniforme de paño azul marino y perdió su condición de «botones» para convertirse en el secretario *del excelentísimo señor marqués de Baxera*.

Currito iba ataviado primorosamente con vestidos, camisas, corbatas, calcetines y calzado del marqués, y las diversas ocasiones en que ambos se arriesgaron a salir juntos nadie hubiera podido suponer que Currito no era un aristócrata tan calificado como su protector. Con singular acierto, Currito se había asimilado los ademanes autoritarios y la exquisita distinción de Pocholo, peinábase y acicalábase como el más currutaco de los Petro-

nios madrileños, había suavizado y pulido su espíritu y su educación, y el marqués creyó sonada la hora de presentarle en el palacio de los Baxera como el pariente de unos amigos suyos, a quien deseaba utilizar como secretario. Podrían entonces exhibirse sin inquietud alguna, cortejar juntos a las mundanas y aconsejarse mutuamente en los momentos difíciles.

Pero cuando el marqués se solazaba ante la perspectiva de aquellos planes que habían tardado tres años en poder realizarse, la muerte de su suegro vino a retardar el instante apetecido. El suegro del marqués había dejado unas posesiones en la República Argentina que urgía liquidar cuanto antes, y se imponía



un viaje del matrimonio heredero a América.

El marqués de Baxera, al despedirse de Currrito, le habló efusivamente:

—Oye, Currito; no supongas que mi viaje esté llamado a entibiar nuestra amistad. Me marcho queriéndote más que nunca y te prometo que a mi vuelta te traeré un regalo que exprese lo mucho que me interesas. Te dejo diez mil pesetas para que puedas mantenerte dignamente durante un año, que es el tiempo que pienso permanecer fuera de España. Si algo más te hiciera falta dirígete a mi administrador, a quien ya he dejado instrucciones. Sólo te pido a cambio de esto que no hagas locuras y que no cometas

la menor inconveniencia amistando con gente mal reputada. Piensa que cuando yo venga entrarás en casa como secretario mío, y no conviene que a mi vuelta te encuentre en entredicho ante la opinión pública. Vendrá a verte mi hermano el pequeño, que tiene la misma edad que tú, y con el cual puedes salir a paseos y teatros. Le he dicho que eres huérfano y que vives del dinero que te manda un tío tuyo muy rico que está en París. Así que tú verás lo que haces. No te comprometas ni me comprometas. Procura olvidarte de mí lo menos posible, y si tienes algún mal pensamiento reflexiona que un año se pasa pronto, y pasado ese tiempo podemos los dos ser muy felices. ¿Te haces el cargo, chiquitín?



Luego selló la despedida con un tierno y fuerte abrazo que inundó de lágrimas los ojos de Currito, y partió dejando a éste tan profundamente emocionado, que la sirviente tuvo necesidad de administrarle una abundante cantidad de éter.

CURRITO EVOCA...

## II

Mientras corría el coche con dirección al domicilio de la Bella Agripina, Currito, comprobando por medio de un espejo de mano, que habitualmente escondía en uno de los bolsillos del chaleco, que el nudo de la corbata de punto de seda continuaba impecable, deleitábase en la reconstrucción del principio de sus amores con la radiada estrella varietinesca que actualmente le usufructuaba.

Fué a los dos meses justos de la

partida de Pocholo a América. Currito, acostumbrado a la compañía del marqués, que tan agradable sabía hacerle la vida, empezaba a impacientarse en su torre de marfil por aquella soledad espiritual y física que no eran suficientes a alegrar los paseos en coche por la Castellana, las visitas a los museos, teatros y demás lugares de recreo. Currito había llegado a sentir un verdadero afecto por Pocholo, y la ausencia del marqués, que representaba para el joven los placeres de la carne y del cerebro, colmábale de angustia y de fastidio.

Pero una alegre mañana de primavera, en un arranque de protesta y por distraer el tedio, Currito emprendió la loca aventura.



La noche anterior había estado en Romea admirando los dorados crepúsculos de la Bella Agripina, una ilustre entretenida con pretensiones de tonadillera, que después de un eclipse de seis años reaparecía en los *music-halls,* con la exclusiva idea de buscar un sustituto al amante que acababa de arruinar.

Currito, soliviantado por las suculentas morbideces de la rutilante estrella aplaudida la noche anterior, que despertaba en él anhelos confusos y jamás saboreados, puesto que permanecía virgen de contactos femeninos, confiado en la posibilidad de espantar su aburrimiento decidióse a personarse en el domicilio de la Bella Agripina con el pretexto de pedirla una fotografía de-

dicada, y bañado en la esperanza de que la bella no fuese una esfinge y tuviera, como Sigfredo, algún lugar vulnerable.

La Bella Agripina hubiera podido pasar impunemente por una auténtica y esplendorosa creación de Rubens.

Confesaba treinta y dos años desde hacía cuatro, y repetía como Cristo: «Dejad que los niños se acerquen a mí». Pero como los niños no fuesen decorativos y no contasen de diez y seis a veinte años, declarábalos fuera de los beneficios de su protección y manteníalos a honesta distancia. Comúnmente usaba de un hombre poderoso que la sostuviera con lujo insólito, y abusaba a espaldas del pagano de cuantos



adolescentes hallaba confortables. Como toda mujer que empieza a verse importunada por las primeras sombras del crepúsculo, reservaba su predilección para los jovencitos tiernos y, a ser posible, nuevos en las lides amorosas. Era una insaciable devoradora de inocencias masculinas y contaba como un talismán irresistible para deslumbrar a sus víctimas con el prodigio nacarado de sus carnes de terciopelo, rebosantes, duras, y al parecer condimentadas con todos los incentivos de los siete pecados capitales.

Cuando Currito se presentó por vez primera en casa de la Bella Agripina, ésta desperezábase en la tibieza del lecho sin decidirse a abandonarlo. A los golpecitos da-

dos con timidez en la puerta de la alcoba por la linda doncella, contestó la jamona dulcemente:

—Pasa, Gertrudis. ¿Quieres algo?

—Llamaba por si acaso estaba despierta la señorita.

—Voy a dormir un poco más. ¿Qué tripa se te ha roto?

—Decirla que hay en la antesala un señorito que se empeña en saludarla y dice que no se va de aquí sin verla, aunque se levante usted a las tres de la tarde.

—¿Qué quiere?—preguntó Agripina, intrigada.

—Eso mismo le pregunto yo: ¿qué quiere? Pero él contesta que sólo se lo puede decir a la señorita.

—Será algún pelmazo de estos que proponen reclamos en los periódicos de *varietés*. Oye, lo mejor es que le digas que vuelva cuando yo esté levantada.



Pero al poco rato la doncella volvía sonriente a la alcoba.

—¿Qué hay, Gertrudis?

—Que ese joven insiste en hablarla. Le he dicho que está usted en la cama y me ha contestado que no le importa, que él tampoco tendría inconveniente en recibirla a usted en esas condiciones.

Estas frases hicieron reir estrepitosamente a la Bella Agripina, que ordenó:

—¡Que pase, mujer, que pase!

Y al hacer su presentación Currito, éste y la cancionista, después de los saludos de rigor, pasaron a examinarse con insultante curiosidad.

Currito comprobó que, sin los artificios de la escena, Agripina continuaba siendo una rubia deslumbradora como una morena; de tez inmaculada, ojos rasgados, suaves y onduladas pestañas, pupilas llameantes, boca menuda y dibujada, que mostraba al sonreir una dentadura magnífica, y cuello en armonía con la opulencia del resto del cuerpo, apenas velado por la caricia de una camisa de encaje, y la sábana, transparente como el agua. Currito creyó experimentar el vértigo adivinando la delicia de las hinchadas caderas, los espléndidos muslos, los hombros redondeados, y especialmente el punto donde culminaba la hermosura de aquella ninfa rubeniana, un tanto fondona, pero radiante de lujuria: dorada creación hecha para el deleite y para desatar los sentidos hasta lindar con la animalidad y la antropofagia.



Por su parte, la Bella Agripina no pudo resistirse a admitir que Currito parecía la reencarnación del inconcuso Ganimedes, raptado por Júpiter. Currito miraba a la cancionista con la ingenua osadía de sus diez y seis años, como si pretendiera comerse con los ojos aquella carne apetitosa, y hubiera proseguido extasiado hasta el día del juicio final, a no ser porque ella, rebulléndose felina entre las ropas del lecho, cortó el embarazoso silencio interrogando:

—Pues... usted dirá, pollito, a qué debo el honor de su amable visita.

—Le diré a usted... Yo—principió Currito—, francamente..., comprendo que vengo a molestarla; pero, la verdad... no tengo más remedio...

—Siga usted, pollo, siga usted—ordenó la cancionista sin prestar atención a las palabras de Currito.

—Pues, yo... ¿sabe usted? colecciono retratos y autógrafos de artistas célebres, y como usted es tan popular y tan notable artista, no quisiera que su retrato faltara en mi colección.

—¡Ay, Dios mío!, pero qué reguapísimo es este chico—exclamó interiormente la Bella Agripina. Luego, en voz alta, continuó:—De modo que usted venía a...

—A ver si era usted tan amable



que me daba un retrato suyo firmado. Se lo agradecería altamente, y lo colocaría en el mejor sitio de mi casa...

Agripina, engolfada en la tarea de desnudar mentalmente a aquel estimulante mancebo que la casualidad le deparaba, seguía sin conceder la más leve atención a las palabras de Currito, y suspiraba después del reconocimiento:

—Este chico haría conmigo lo que quisiese. Y se comería todo lo que el viejo me ha dado.

Después, advirtiendo que el *chico* había cesado de hablar, suplicó:

—Siga usted, pollo, siga. Tiene usted un timbre de voz muy agradable.

—Pues, eso...—contestó Currito,

amoscado—; no quería más que eso...

—¿Y qué quería usted?

—¡Señorita!—gruñó el joven enrojeciendo ante la sospecha de que la Bella Agripina pudiera estar divirtiéndose a costa de él—. ¡Usted bromea! Estoy hace un rato exponiéndole el objeto de mi visita, y usted sin darse por enterada. O yo hablo en chino, o usted no es muy lista que digamos. Y yo creo que no sucede ni lo uno ni lo otro.

—¿Qué decía usted?—exclamó la tonadillera, que no salía de su arrobamiento.

—Nada, señorita, nada—bramó Currito, exasperado—, que me voy. ¡Usted lo pase bien!

—No, por Dios. No se vaya usted tan pronto.



—Sí que me voy; a mí no me toma el pelo ninguna tía gorda.

Y en efecto, Currito inició la retirada; pero Agripina arrojóse del lecho resueltamente, y se plantó frente al muchacho semidesnuda y lujuriante, dispuesta a no dejarle salir.

—Pero..., señorita... ¡Que se va usted a constipar!...

—Hágame el favor de sentarse inmediatamente—ordenó con voz tiránica y dulcísima—. Usted me ha desvelado para no sé qué asunto, y lo menos que debe hacer es enterarme de ese asunto. De modo que venía usted a...

—Por un retrato suyo firmado, y, a ser posible, dedicado, para mi colección.

—¡Ah! ¿Nada más que eso?—exclamó ella dándose al fin cuenta de la intempestiva visita de Currito—. Pues, sí, hombre, sí; se lo daré con mucho gusto. ¿Por qué no me lo ha dicho usted antes?

Currito respondió con una mirada desapacible, y la Bella Agripina prosiguió:

—Pero como tengo sueño atrasado, me va usted a permitir que duerma otro poquito, ¿verdad?

—¡Ya lo creo!—afirmó Currito—. Pero, ¿me dará usted el retrato? Le advierto que esta noche no he dormido pensando en esta entrevista.

—¡Pobrecito mío! ¡Tendrá usted un sueño atroz!

—Atroz, atroz—repitió él sintiéndose emprendedor—; por ahora tanto como usted.



—Lo más que puedo hacer—dijo Agripina devolviéndose al lecho, entre cuyas sábanas se escondió provocativa —, es cederle un puesto aquí. ¿No le sentará a usted mal acostarse al lado de una tía gorda?

—No lo sé—confesó el joven con ingonuo cinismo—, porque no le he hecho nunca. Ni con flacas tampoco.

¡Mágica confesión! La Bella Agripina exacerbóse de tal suerte al oir a Currito, que éste supuso que la áurea cancionista había enloquecido de repente.

Jubilosa y frenética abalanzóse sobre el joven y fuéle despojando de sus ropas de vestir, acompañan-

do la tarea con una serie de mordiscos que dilataron a Currito hasta el límite de la dilatación. Como una bestia en celo, toda rugiente de deseo y de pasión, Agripina rasgó su camisa, que arrojó a los pies de la cama, y luego atrajo hasta su cuerpo la marfileña desnudez de Currito, que no deseaba otra cosa. Avida de gozar el esplendor de aquella sabrosa virginidad que aún conservaba los rubores y las suavidades de la adolescencia y donde empezaban a acusarse el prestigio y la reciedumbre de una augusta varonilidad, la cancionista retorcíase trastornada y febril bajo el fragante peso de Currito, que procedía con una seguridad y eficacia doblemente admirables en un sacer-



dote que, como él, debutaba en el culto a Venus.

Después de aquel asalto amoroso, que se prolongó hasta las tres y media de la tarde, Currito y Agripina establecieron una *entente cordiale* muy conveniente para los dos. La perilustre tonadillera quedó subyugada por la prestancia de aquel pollo que ella había transformado en gallo, y al gallo le encalabrinaba asaz la gallina con que el destino le favorecía.

Durante tres meses consecutivos, Currito y Agripina degustaron todos los placeres imaginables y aun otros que la fantasía más desordenada sería incapaz de imaginar, y hubo noches en que ambos temieron perder la razón por la violencia

del goce saboreado. En aquella conflagración no intervenía para nada el corazón. Currito, que era una hermosa bestia grosera, dominada por el deseo carnal, no podía permanecer sereno junto a la opípara Agripina, y ésta se hacía revolcar por su favorito de turno dos o tres veces al día, sin perjuicio de obligarle por las noches a dormir con ella. Los dos vivían en una orgía erótica tan desenfrenada que parecían dos enfermos de obscenidad, en estado comatoso.

Aquellos borrascosos festines de los dos amantes no impidieron a Currito realizar la conquista de Gertrudis—la preciosa doncella que, como su señora, exigía a Currito unos tributos excesivos—e interesar furiosamente a la rubia María Teresa, la hija de Agripina, que era una colegiala satánicamente candorosa, ignorante del pecado y virgen de solemnidad. Porque a pesar de sus diez abriles, María Teresa continuaba creyendo que los niños se encargan a una fábrica de París, y no había experimentado ni siquiera esas pequeñas inquietudes, consecuencia de su edad. Pasaba el año interna en un colegio de monjas, donde sólo se respiraban perfumes celestiales, y había crecido fortalecida en el temor de Dios y confiada en que algún dia podría profesar en un convento y consagrarse a la oración, sobrellevando una vida ejemplar.

Pero la virginal criatura había impresionado tan hondamente a Currito con su diabólico candor, que éste no se consideró satisfecho hasta lograr que despertase en ella la impureza. Con maestría y con constancia, Currito había llegado a hacerse adorar por María Teresa, que las tardes en que tenía que salir acompañada del favorito de su madre, dirigíase con éste a su nueva casa de la calle de Ayala para entregarse con Currito a todas las variantes del placer incompleto.

María Teresa quedaba íntegra después de sus escarceos con Currito; pero no había locura que no pusieran en práctica, siempre que tendiese a procurarles una sensación.



Lo que más excitaba a María Teresa era sentarse desnuda sobre las piernas de Currito y sentir la cálida palpitación con que el muchacho acogía aquella postura. Luego debatíase en febriles convulsiones, y después de recorrer la estancia dando unos horribles saltos, tornaba a incrustarse a él y trataba de atenazarle por su encanto más frágil, como si quisiera arrebatarle aquella maravilla que tanto la exaltaba.

Y las protestas de Currito, lejos de contenerla, la enfurecían más, y sólo se calmaba intentando morder y devorar el origen de su fiebre. Diríase que en María Teresa despertaba a ratos el demonio de la voluptuosidad que

latía constantemente en su madre.

Tanto la chiquilla como el joven abrasábanse en los horrores de un anhelo insaciable e insaciado, y su delirio creaba en ellos unas ojeras y unas palideces que afortunadamente se escapaban a la perspicacia de la Bella Agripina.

Paróse el coche bruscamente ante el portal de la casa de la encumbrada estrella, y suspendió Currito sus evocaciones para pagar al auriga e introducirse en el ascensor.

En la puerta del piso le aguardaba impaciente la inmarcesible Agripina, que, como una tromba, se dejó caer sobre él para abrumarle con



su corpulencia rubeniana y la intensidad de su perfume, que la convertía en una flor demasiado grande y demasiado olorosa.

# CURRITO PREVARICA...

## III

Los amores de Currito y la Bella Agripina no habían turbado la armonía reinante entre éste y el marqués de Baxera.

Cuando Pocholo regresó de América, a los pocos meses de su partida, no le sorprendió aquel idilio, porque el joven había tenido buen cuidado de poner en antecedentes a su protector de aquella aventura, que Pocholo, lejos de condenar, fomentaba orgulloso. Envanecíale sobremanera que su amigo se ex-

hibiera con carácter de amante de la ensoberbecida estrella—que, a pesar de los treinta y ocho años, continuaba todavía apetitosa—, y no tenía inconveniente algunas noches en renunciar a la compañía de Currito, como éste manifestase deseos de salir con la artista.

Aquella tolerancia tenía su explicación: el marqués de Baxera no era uno de tantos pervertidos vulgares que consagran su existencia a los horrores del vicio, y abominaba sinceramente de cuanto pudiera contribuir a envilecer a su protegido.

Hasta el momento de conocer a Currito en el estudio de Adelardo Rosales, Pocholo estaba reputado en el mundo galante madrileño



como un infatigable perseguidor de doncelleces, y contaba en su historial con el desfloramiento de numerosas menores de edad que le habían creado un prestigio entre las alcahuetisas de alto copete, proveedoras de la *garçonière* del aristócrata, a quien toda cocotriz recién lanzada a la circulación tenía que rendir su tributo.

Pero fué en el estudio de Adelardo Rosales donde, por un misterio incomprensible, había nacido en él la idea morbosa de arriesgarse a la captura de una voluptuosidad reprensible, y de la cual hasta entonces había permanecido ignorante.

Habían encargado a Rosales un cuadro representando alguna escena mitológica, y el pintor recurrió

al «botones» para utilizarlo de modelo. Todas las tardes, Currito permanecía desnudo largo rato sobre un estrado en la graciosa actitud de Narciso contemplándose en las aguas, y el marqués de Baxera, como otros amigos del pintor, frecuentadores del estudio, confirmaron, obligados por éste, la impecable anatomía del chiquillo, que en sus trece años parecía una estatuilla de marfil por su carne fresca y pulida, con áureos irisados.

Adelardo Rosales le había colocado de tal forma, que la pierna derecha, avanzando ligeramente, impedía ver el sexo del modelo, y aquella actitud acentuaba la ambigüedad de Currito, que ostentaba unas líneas académicas y mostraba



de espaldas dos fresquísimos globos que podrían ser confundidos con los del Amor por lo brillantes y redondeados. Los brazos, levantados, ponían de relieve la perfección del torso y la curva de la cadera, que persistía en los muslos y en los pies, quizás algo pequeños para la estatura de Currito.

Pero lo que más asombraba a los visitantes era la belleza tiernísima del rostro, que parecía el de una colegiala de Greuze, por los ojos azabachinos, enormemente abiertos, como ansiando descifrar el enigma de la vida, la aguileña nariz y la sonrisa cándida, reveladora de un inconfundible estado de inocencia.

El marqués de Baxera, asiduo concurrente al estudio de Rosales,

en fuerza de contemplar detenidamente las perfecciones del modelo, que el pintor encomiaba ante sus amigos, comenzó a sentir la enfermiza atracción de aquella desnudez que aún no había sido invadida por el vello y que, salvo un pequeño detalle, poseía todos los atractivos de las jovencitas menores de edad que solía revolcar el aristócrata.

Y una tarde en que el «botones» presentóse en la bombonera de la calle de la Florida para llevar una carta del pintor, el marqués, que estaba en pijama, enardecido por un oleaje de malsanas curiosidades, introdujo al «botones» en su alcoba y le propuso, dando a su voz una extraña modulación:

—Dime, Currito: si yo te regalase



una corbata, ¿serías capaz de quitarte la ropa ahora mismo para que te viese desnudo?

Currito permaneció un instante callado y ruboroso, sorprendido por la extravagante proposición, y luego, dominado por un ligero temblor nervioso que le anunciaba el peligro, murmuró:

—¡Me daría tanta vergüenza!...

Pocholo, al ver que la proposición no había indignado al «botones» y que éste bajaba los ojos tímidamente, con las mejillas arreboladas, acercóse a él valientemente y empezó a desnudarle, mimoso, diciéndole con voz entrecortada:

—¡Hace tanto tiempo que tenía yo ganas de satisfacer este capricho! ¡Quiero verte como te veo en el es-

tudio de Adelardo; pero solos nosotros dos...

Currito, lleno de emoción, presintiendo algo terrible, agradable y provechoso, concluyó de desprenderse del resto de sus ropas, y al quedar totalmente desnudo reprodujo, insensiblemente, la actitud del estrado. Entonces el marqués le atrajo nerviosamente hacia su pecho y murmuró al oído del tembloroso pequeño unas palabras que llenaron su espíritu de asombro y de inquietud. Currito, desconcertado por la novedad de la situación, careció de fuerzas para resistirse a la voluntad de Pocholo, y saboreó con él la primera emoción erótica de su vida.

A raíz de aquella entrevista Cu-



rrito convirtióse en la obsesión del aristócrata, que no se consideró satisfecho hasta ver instalado en su *garçonière* al «botones» de Adelardo Rosales.

—Esto es un rapto en toda regla— exclamó el pintor, encarándose con el marqués, al enterarse de la marcha de Currito—. Para mí que tú te has cansado ya de las menores y ahora vas a dedicarte a los menores.

—¡Adelardo, qué cosas tienes!— dijo Pocholo con el mismo tono de broma que el pintor le había hablado—. Me llevo a tu «botones» porque yo necesitaba un chico listo, de buena presencia, para mi *picadero,* y como tú, después de todo, si lo tenías era por favorecerle... más prosperará a mi lado que al tuyo...

—¡Cuando tú lo dices!—exclamó el pintor, siempre en tono humorístico—. Lo que te recomiendo es que lo vigiles bien para evitar que otro sátiro te lo quite a ti.

Posteriormente, cuando algunos amigos del marqués observaron las distinciones de que el aristócrata hacía objeto a su «botones», se permitieron dirigirle algunas insinuaciones malignas; pero como siempre tenian carácter de broma y no denotaban propósito de molestarle, el marqués las rechazaba con igual discreción humorística que se las dirigían.

Al marqués de Baxera, su idilio con Currito le había proporcionado sensaciones inéditas que tenían también el encanto de lo prohibido. La



aventura complacíale extraordinariamente por lo que había en ella de refinada y de oculta y porque no alteraba en nada sus costumbres ni disminuía su predilección por las mujeres, que seguían visitando el *picadero* con la misma frecuencia que antes de la entronización de Currito.

A poco de cumplir Currito los diez y seis años, cuando se impuso vestirlo «de hombre», y por su desarrollo, florecimiento y camaradería con el marqués podía originar el comentario de los vecinos de la casa de la calle de la Florida, Pocholo trasladó su bombonera a otro departamento de la calle de Ayala, no menos confortable.

El marqués cuidaba a Currito con

la misma ternura que un jardinero hubiese cuidado a su planta favorita. Advertía la bondad del corazón del chiquillo y el agradecimiento que le profesaba, y aquellas cualidades de honradez y lealtad que le distinguían anudaban más fuertemente la amistad de la pareja.

Currito era una bella creación del marqués, que se había deleitado en suavizarlo y pulimentarlo, enseñándole a comer correctamente, a accionar con distinción, a vestirse con elegancia y a conducirse con mundanidad. Con su asombrosa facultad asimilativa, Currito había aprovechado maravillosamente las lecciones del marqués, y la preciosa perla humilde y timorata que llegó de Sevilla, adquirió en pocos años



el mayor grado de armonía, delicadeza y esplendor.

La confianza en la amistad de Pocholo le había prestado bríos, y ahora tornábase altivo y dominador con cuantos le rodeaban. Aureolábase con el resplandor de su aristocraticismo espiritual y de su superioridad física, y dondequiera que se presentase causaba expectación su arrogancia desdeñosa, sin afeminamiento exagerado, de príncipe de cuento de hadas, un tanto macizo y torneado, pero irreprochable de línea.

Y aquel visible y fulminante efecto que la belleza y simpatía de Currito causaban en paseos y teatros era lo que avivaba el fuego de la pasión del aristócrata por su prote-

gido. Las ávidas miradas de la generalidad de las mujeres y las de algunos hombres, hacían felicitarse mentalmente al marqués por ser el dueño de aquel bonito juguete con que tantas personas hubieran deseado recrearse.

Pocholo era dichoso dotando al chiquillo de cuanto pudiera realzar su plasticidad y hacerle más codiciable—alhajas de Lacloche, trajes de Buvier, calzado de Ayalde, camisas de Hernando, corbatas de Fredd'ys—, y cuando alguien asaetaba a Currito con unas miradas glotonas, el marqués erguíase desafiante en el coche, como advirtiendo: He aquí la magnífica criatura con cuyos encantos me solazo...

Los padres de Currito sabían por



cartas de éste que desempeñaba el cargo de secretario del marqués de Baxera, y que merced a su protección habíase encumbrado y convertido en un verdadero señorito, al cual no reconocerían cuando volviese por Sevilla. Solían recibir todos los meses razonables cantidades que el joven los enviaba para ayudarlos, y como desconocían la existencia equívoca de Currito, no podían, por tanto, censurar una situación que, por egoísmo, hubieran concluído tolerando.

Pocholo, además de contribuir con todas sus fuerzas a que Currito mantuviese a su familia en el engaño, ayudábale también a engañar a la cancionista, que creía firmemente en el desinterés de la protección

que el aristócrata dispensaba a su amigo. Pocholo estaba en antecedentes de las más reservadas amenidades del prolongado idilio, como asimismo de la inclinación del joven por María Teresa, a la cual Currito no se atrevía a desflorar por imposibilidad material, y conocía los menores detalles de aquel disimulado idilio, en que no faltaba otra manifestación del placer que la perforación.

Lo que Pocholo ignoraba era que Currito respondía tan cumplidamente al calificativo de *Ansioso* con que la Bella Agripina le bautizara en un momento de estupor, después de haber sido homenajeada por el muchacho una noche, que le parecieron diez y siete.



Durante los meses que el marqués había permanecido en América, Currito habíale sustituído —claro que interinamente—, no ya con la Bella Agripina, sino también con José Marí, el hermano del aristócrata, a quien éste encargó taimadamente la vigilancia de Currito. Con su aire ingenuo y lascivo, Currito sedujo al hermano menor del marqués, que por cierto halló muy de su gusto aquella amistad que Pocholo le proporcionara. A idéntico grado de intimidad había llegado Currito con un vecino de su casa de la calle de Ayala, suculento mancebo de diez y nueve años, que bajaba a espantar su ocio con Currito por procedimientos infalibles. Y también hubiera intentado una aproximación

análoga con un amigo de Baxera, antiguo frecuentador del estudio de Adelardo Rosales, a no ser porque la aventura con la Bella Agripina le absorbía, y además —y ésta fué la razón principal—por temor a que el favorecido pudiera decírselo al marqués.

A medida que transcurría el tiempo y Currito se persuadía de la influencia que obraba sobre Pocholo, despojábase de sus prejuicios de fidelidad, y no vacilaba en aceptar a escondidas del marqués cuantas combinaciones de su agrado se le presentaban. No había dejado de querer apasionadamente al aristócrata, con el cual no se hartaba de saborear sensaciones agradabilísimas; pero aquellas aficiones que Pocholo había fomentado y sostenido arrojaban a Currito en otros brazos que le recibían con entusiasmo.



En la calle, en teatros, en paseos, Currito encontraba siempre que salía solo *proporciones*, que no desaprovechaba cuando eran de su gusto, y que en nada afectaban a sus compromisos femeninos. Era una naturaleza eminentemente erótica, que si bien se contuvo en los primeros años, al cumplir los diez y ocho no se refrenaba, y abandonábase a sus caprichos con la misma indolencia que una sirena al mar. No había dejado de ser el mocito efusivo, leal y candoroso que el marqués conociera; pero ahora, sobreexcitado por las comodidades de una vida ociosa y principesca,

sus sentidos se exacerbaban, y su carne parecía estallar inflamada de deseos que nunca veía satisfechos.

Por eso hacía honor a su calificativo de Currito, *el Ansioso*...

# CURRITO PERFORA...

# IV

—¿Qué plan tienes para esta tarde?—preguntó el marqués de Baxera acariciando suavemente la cabeza despeinada de Currito.

—Un plan... completamente bolchevike — contestó Currito encendiendo un cigarrillo turco—. Como he tenido carta de Agripina desde Sevilla diciéndome que lleve esta tarde al colegio a María Teresa, voy a cumplir su encargo, pero antes pienso traérmela aquí para darnos un barato que haga época.

—¿No tienes más plan que ese?

—¿Te parece que encontraría otro mejor?

Acababan de almorzar los dos amigos, y estaban en el despacho de la casa: Currito tendido en la *chaisse-longue*, sobre una piel de leopardo, y Pocholo sentado en el suelo encima de unos almohadones, entreteniéndose en jugar con los cabellos del *Ansioso*.

La decoración de la estancia ponía de manifiesto los refinados instintos artísticos del dueño de la casa, y hacía resaltar más eficazmente la fresca juventud del favorito: las paredes tapizadas de un papel amarillo imitando damasco, el techo pintado al fresco, la alfombra bordada



en todos los matices del oro, predominando el oscuro; las cortinas de terciopelo marrón, cayendo majestuosamente; los muebles estilo Renacimiento español, y los cuadros y grabados de las paredes, encerrados en marcos antiguos. Estatuillas, juguetes, tallas de diversos tamaños, almohadones confeccionados con telas centenarias, y una lámpara señorial completaban el primoroso decorado del despacho, en que no se sabía qué admirar más, si la riqueza del mobiliario, o el buen gusto que había imperado en su elección.

De repente, el reloj acusó las tres y media, y Currito desperezóse felinamente, entornó los ojos deleitado ante la proximidad de una entre-

vista con María Teresa, y abandonó la *chaisse-longue* para dirigirse a la alcoba, seguido de Pocholo.

Contrastaba con la augusta severidad del despacho la frívola alegría de la alcoba, separada de aquél por un gabinete Luis XVI, muy femenino y coquetón, pletórico de retratos de mujeres galantes y princesas del teatro, entre los cuales aparecían tímidamente los de algún torero de la popularidad de Joselito, o un cantante de ópera tan prestigioso como Anselmi.

Y si bien en el despacho predominaba un fuerte y penetrante olor a incienso y a tabaco, en cambio la alcoba y el gabinete Luis XVI estaban intensamente perfumados con *Rosas* de Coty, *Sándalo* de Houbigant, y *Jicky* de Guerlain. Al cruzar de una estancia a otra, experimentábase una brusca sensación, que invitaba al pecado y al abandono, porque era el paso de lo normal y lo correcto a lo equívoco y lo inconsciente. En aquella alcoba persa, que era una sinfonía en naranja, azul y oro, respirábase el atrayente encanto de lo imprevisto y lo pecaminoso, la sugestiva fragancia de lo prohibido y lo anormal, y olvidábanse los prejuicios de cordura y sensatez. Aquella alcoba era un himno vibrante al demonio de la voluptuosidad, que diríase había dirigido la exquisita ornamentación ultramoderna de un recinto donde tanto y tan diversamente se pecaba en cualquier momento.

Mientras Currito retocaba su *toilette*, Pocholo, que le contemplaba embelesado, propuso:

—¿Qué te parecería si yo me quedase aquí esta tarde para ver lo que hacías con María Teresa?

—Pues me parecería muy bien, siempre y cuando que te comprometieses a no interrumpirnos—contestó Currito sin sorprenderse por la proposición.

—Te prometo esconderme detrás del biombo y no dar señales de vida hasta que no os hayáis marchado.

—¿Tendrás paciencia? Mira que el espectáculo no es como para estarse quieto.

—Me estaré—aseguró Pocholo—. Hace ya muchos días que tengo la obsesión de ver desnuda a esa mo-



nigota que tan revuelto te trae, y mi curiosidad no para ahí, sino que necesito también veros a los dos rompiendo las hostilidades.

—Pues sí que el capricho es absurdo. ¡Comprendería que quisieras trincarla para ti; pero que se te antoje estar de mirón mientras goza con otro!...

—Es que siendo tú *el otro* pasaré muy buen rato.

—Bueno. Allá tú. Dentro de una hora estamos aquí. — Y concluyó Currito:—Lo que vuelvo a repetirte es que tengas prudencia, no vaya a ser que me estropees la tarde, creándome un conflicto con la chiquilla.

—Vete tranquilo, que no te daré motivo para el menor reproche. Se-

ré inconmovible como una estatua, pase lo que pase.

—Yo no pienso privarme de nada... Figúrate, con lo que me gusta la chiquilla y sabiendo que hasta dentro de seis o siete meses va a estar encerrada en el colegio.

Una hora después, Currito y María Teresa hallábanse en la alcoba persa finalizando una botella de Pipermint y una caja de golosinas, mientras el aristócrata, desde su observatorio, veía perfectamente cuanto sucedía sin correr el peligro de ser visto.

Despojada de la camisa de batista, María Teresa producía la impresión de una muñeca rubia y grande,



rotundamente desprovista de expresión carnal. En el óvalo impecable del rostro, los ojos continuaban tan virginales y la sonrisa tan ingenua como si estuviese vestida y en lugar de un muchacho desnudo tuviera ante ella a un arzobispo metropolitano. Paseábase por la estancia llena de gracia y de candor sin artificio, tan demoniacamente celestial, que Currito patentizó su excitación en una forma que no dejaba lugar a dudas. María Teresa, al advertirlo, acercóse a él con actitud de querubín y le condujo al lecho cogiéndole por su atractivo más saliente. Luego, risueña y púdica, al verle tendido inclinóse para besar, con mística unción, aquel atractivo y agudizó sus caricias con una an-

siedad que no alteraba su expresión de castidad inmaculada. Parecía un ángel cometiendo un pecado irreverente sin perder su inocencia, y el marqués, desde su escondite, pudo apreciar cómo la exaltación de Currito aumentaba a medida que la nena redoblaba sus apasionadas ternuras y se aferraba encarnizadamente a Currito, como si pretendiera comérselo empezando por la parte más frágil.

Currito evadióse a la voracidad de María Teresa y, con los brazos, elevóla hasta él para besarla frenético en la olorosa cabellera, y en seguida colocóla de tal suerte que él pudiera corresponder idénticamente a las gentilezas de la chiquilla. Recorrió sus sabrosos muslos,



y cuando creyó encontrar bien guardado entre ellos un rosado albaricoque, partido en dos mitades, con su correspondiente almendra, recibió el exquisito hallazgo con tales manifestaciones de júbilo, que María Teresa hubo de suplicar al joven que refrenara su entusiasmo.

Pero Currito, haciendo honor a su calificativo de *Ansioso,* no se cansaba de saborear aquel tierno albaricoque, que parecía de nieve, terciopelo y coral rosa, y colmábalo de refinados besos, que obligaron a la nena a impetrar una pequeña tregua. Currito obedeció; pero como su excitación no se apagaba, incrustóse a María Teresa, y tendido sobre ella, con los ojos cubiertos por una venda que le impedía advertir

la corta edad de la chiquilla, propúsose llevar a cabo un cruel atentado. María Teresa, que se hallaba tan dispuesta a todo como él, no opuso resistencia al ataque de Currito; pero apenas hubo sentido sus carnes rasgadas, dejó escapar un grito agudo y levantóse con presteza del lecho para refugiarse, dolorida, en un extremo de la alcoba.

—No, Currito, eso no — suspiró María Teresa—. Me gusta más lo natural...

Currito aproximóse hasta ella, y susurrando a sus oídos unas confortadoras ternezas procuró devolverla al lecho; pero María Teresa, con un gesto de terror, se negó a complacerle. Empezó a corretear por la estancia perseguida de cerca por



Currito, que, lejos de aplacarse, se obstinaba en consumar un anhelo que le envenenaba desde hacía dos años, y en una de las carreras, al pasar el joven cerca del biombo, oyó la voz de Pocholo que le alentaba febril y quedamente:

—No seas tonto, Currito... Aprovecha la ocasión.

Aquella arenga acabó de enloquecerle, y cogiendo con rudeza a la chiquilla la arrojó sobre la alfombra sin dejarse vencer por sus lamentaciones. El marqués de Baxera asomó la cabeza por encima del biombo y vió cómo se confundían en delirante lucha los cuerpos abrasados de Currito y María Teresa: él, blanco y marfileño con irisados de oro, y ella, rosada y nívea, con el rostro

más resplandeciente, aureolado por el fuego de la rizada cabellera.

Resistíase la chiquilla a ser poseída por Currito; pero éste, habilidoso, había colocado sus piernas entre las de ella, y sudoroso y jadeante, sin perder bríos ante las dificultades con que tropezaba, proseguía en su labor sin apiadarse de las súplicas de su víctima, que sentía crujir sus carnes desgarradas como si estuviera siendo atravesada por un hierro candente, y yacía con los ojos extraviados con expresión de martir, húmedo el rostro por las copiosas lágrimas.

En un supremo esfuerzo Currito unió sus manos por detrás de la cintura de la nena, traspasó definitivamente el codiciado albaricoque y



gozó de un espasmo tan intenso, que jamás pudo presentirlo.

Pero al considerarse satisfecho advirtió que Maria Teresa había perdido el conocimiento y estaba pálida y sin respiración, exteriorizando en el rostro las torturas sufridas. Currito desprendióse de ella, y unas azucenas rojas aparecieron en la alfombra como símbolos del tormento padecido por la virgen. Entonces, alarmado por la inmovilidad de María Teresa y la palidez mortal de su rostro, solicitó el concurso de Pocholo, que surgió de su escondite ojeroso y alicaído. Entre los dos amigos la levantaron del suelo para tenderla en el lecho, humedecieron con agua fresca las sienes de la pequeña, y con una esponja trataron

de refrescar igualmente la parte más herida. Pero María Teresa proseguía exánime y sin color, contraído el rostro en una mueca de suprema angustia y sin perder la expresión de pureza, que el sufrimiento ennoblecía.

En vista de que la nena no salía de su desmayo y estaban los dos amigos solos, brindóse el aristócrata a bajar a la farmacia próxima por un frasco de sales, y Currito quedó custodiando desnudo la profanada desnudez de la pequeña.

Al cabo de un rato de muda contemplación, Currito percatóse de que María Teresa parecía estremecerse tenuemente y empezaba a recobrar el sonrosado de las mejillas y entreabría los ojos como para dar-



se cuenta del lugar en que se hallaba. Estaba tan deliciosamente celestial en aquellos momentos, tendida cuan larga era, que Currito, asaltado por una inesperada ráfaga de apetitos sensuales, tornó a excitarse y le agitó la idea de volver a poseerla. Pero un sentimiento compasivo le contuvo, y para saciar su vehemente sed de lujuria sentóse al borde del lecho y recurrió a los procedimientos de que hacía uso, y aun abuso, en las horas de soledad. Con los ojos llameantes y fijos en María Teresa, procedió a la captura del espasmo, y cuando estuvo a punto de sobrevenir, en un acceso de perversidad erótica, dejó caer la esencia del placer en los labios de la chiquilla. Pocholo le sorprendió

borrando las huellas de su último pecado, y entonces empezó a vestirse, mientras el aristócrata reanimaba a María Teresa.

Después de incesantes trabajos, María Teresa volvió en sí del desvanecimiento y trató de incorporarse ayudada por Currito, que al persuadirse de que ya no eran necesarios los servicios de Pocholo le invitó a desaparecer. Pero la nena, apenas vestida, tuvo que volverse a sentar porque las piernas se negaban a sostenerla. Experimentaba la misma sensación que si continuara en sus entrañas el hierro candente que la había traspasado, y al mismo tiempo no dejaba de gozar de un agradable dulzor físico que hacía perdonable el atropello de Currito.



Hundíansele las pupilas en el cerco morado de las enormes ojeras, y las aletas de la nariz palpitaban aceleradamente; un violento temblor recorría sus muslos, y toda ella encontrábase dominada por un especial estado de bienestar y de dolor que la impedía andar y moverse. Pasaba alternativamente de la indignación más profunda al deseo de ser nuevamente escarnecida, y en su incertidumbre abandonóse en un sillón, con los brazos caídos, las piernas separadas y la cabeza inclinada sobre el pecho.

A fuerza de caricias y frases animosas, Currito consiguió hacerla abandonar la bombonera para dirigirse al colegio, donde había de permanecer interna varios meses sumi-

da en la añoranza de su primera hora de amor, y, cuando la pareja hubo salido, Pocholo encerróse en el cuarto de baño, zambullóse en la tibieza enervante del agua, y por el mismo procedimiento que Currito había calmado sus ardores calmó él los suyos, avivados por las escenas que acababa de presenciar.

# CURRITO SUAVIZA...

# V

Siete años de matrimonio no habían destruído en la marquesa de Baxera el aspecto de muñeca frívola y menuda que ofrecía antes de casarse.

Margarita Albornoz de Carvajal parecía haber detenido el curso del tiempo, conservando el picante atractivo de manola goyesca, que cautivara a Pocholo hasta el punto de decidirse a tomarla por esposa.

Era la suya una belleza que no tenía nada de llamativa; pero anali-

zándola detenidamente, comprobábase la perfección de las facciones y la armonía del cuerpo, de unas proporciones irreprochables. Era una miniatura deliciosa que triunfaba en los salones por su elegancia espiritual y su temperamento modernísimo, que poseía, entre otras virtudes, la de *hacerse el cargo* y saber contenerse a tiempo.

Su cultura le había hecho comprender el verdadero valor de la fidelidad conyugal, y si bien alardeaba de ser una mujer sin prejuicios que permitía se suscitasen ante ella conversaciones escabrosas, tenía un tacto maravilloso para detenerlas cuando llegaban a ese límite que una mujer honorable, por excéntrica que sea, no debe permitir.



Margarita sabía perfectamente todas las aventuras de Pocholo—a excepción de la de Currito—; pero fingía ignorarlas, porque nunca, a pesar de ellas, podía reprochar tibieza a su marido. Pocholo adoraba a Margarita, y ella, con tal de mantener el equilibrio doméstico, perdonaba los devaneos del aristócrata, que no tenían otra transcendencia que la puramente carnal.

La conducta de Pocholo, lejos de animarla a seguir el ejemplo, fortalecíala más en la idea del deber. Enorgullecíase de haber llegado a los veintisiete años sin que la serpiente de la maledicencia hubiese clavado sus dientes en su reputación de casadita joven, linda y un tanto descuidada por su esposo.

La marquesa de Baxera hacía una vida mundana irreprochable, y distraía el aburrimiento en que la ausencia de Pocholo la dejaba de una manera que no ofrecía el menor detalle censurable.

Margarita había sufrido numerosos asedios de los tenorios aristocráticos que entretienen su ocio cortejando a las casadas cuyos maridos tienen, como Pocholo, negocios que los absorben y queridas que los secuestran; pero ella supo mantenerse tan altiva y burlona con sus pretendientes, que la hacía más apetecible y respetada.

Margarita recibió a Currito, *el Ansioso*, con desconfianza y aspereza, que el marqués de Baxera procuraba suavizar a toda costa.



—Este chico es pariente de un amigo mío, compañero de colegio, que hoy atraviesa una situación difícil—había asegurado Pocholo a su mujer—. Tiene un tío en París que le manda dinero; pero como es ambicioso y quiere trabajar le he hecho mi secretario para que me descargue de trabajo y crearle conocimientos. Merece que se le ayude porque es un muchacho muy inteligente.

Luego había añadido otra letanía de elogios, que Margarita escuchó indiferente. Encontraba que el nuevo secretario de su marido era un petimetre muy bien educado, listo y, seguramente, trabajador; pero también le hallaba sumamente antipático por su pretenciosa arrogan-

cia de Ganimedes moderno, y tratábale con cierta humillante benevolencia que enojaba a Pocholo.

Lo único que confortaba a Margarita era el haber notado que desde que Pocholo tenía el nuevo secretario no faltaba a comer con tan lamentable frecuencia y organizaba unos ágapes muy divertidos a base de los tres, y de José Marí, el hermano de Pocholo, que, por ser de la misma edad de Currito, y, además, por razones particulares, simpatizaba con él extraordinariamente.

La convivencia de Currito con los marqueses de Baxera originó cierta fraternidad de Margarita con el joven y restableció la culpable intimidad entre éste y José Marí.

Pero, una tarde, la marquesa de



Baxera hizo un sensacional descubrimiento que alteró radicalmente el equilibrio doméstico del aristocrático matrimonio.

Estaba José Marí leyendo, solo, en el *fumoir*, cuando llegó Currito de la calle, que, al percatarse de la soledad en que su amigo leía, acercóse graciosamente hasta el sillón sin hacer ruido y, besándole de improviso en la boca, le preguntó mimoso:

—¿Quién te quiere a ti, rey?

José Marí echó hacia atrás la cabeza y respondió a Currito enlazándole con sus brazos:

—¿Quién va a quererme? ¡Tú, cielito mío!...

Luego unieron sus bocas en otro beso interminable, que cortó la pre-

sencia de Margarita, la cual había presenciado la escena, sin perder un detalle, desde la galería, punto estratégico que permitía ver y oir cuanto sucediese en el *fumoir* sin ser advertido.

No se dió Margarita por enterada de su importante descubrimiento; pero desde aquella tarde la presencia de Currito ocasionábala íntimo regocijo y una invencible necesidad de reir a carcajadas, y lo mismo le sucedía con José Marí. ¡Ahora comprendía ella el fundamento de aquella identificación que en cualquier momento patentizaban su cuñado y el secretario de su marido!

Pero el idilio de los adolescentes, lejos de inspirarla repugnancia, causábale un inefable regodeo mental, y



por un fenómeno inexplicable, concluyó obrando el raro efecto de excitar sus sentidos. Cuando veía a los jóvenes sentados el uno junto al otro hojeando unas revistas y arrullándose con los ojos, Margarita enardecíase y caía en un estado de laxitud física que la inducía a favorecer el reprobable idilio. No había querido revelar a su marido la clase de intimidad que mantenían los jóvenes por lo delicado de su índole y temerosa de provocar una escena desagradable, por tratarse de su cuñado y del protegido de su esposo.

Margarita seguía interesada las diversas alternativas de aquella insospechable *entente cordiale* y deleitábase espiando a la pareja, cuyas caricias, cambiadas furtivamen-

te cuando no creían ser observados, la hacían sonreir interiormente y estremecerse con malsana complacencia. Hallaba tan excitante el pecado de los adolescentes, que hubiera deseado tener noticia oficial de él para ampararlo, y algunas veces hasta hubiéralos animado de buena gana a cometerlo delante de ella.

Pero, poco a poco, las atroces ganas de reir y el agradable cosquilleo que la presencia de Currito despertaban en la marquesa de Baxera, fueron cambiándose por una creciente simpatía que la encadenaba al secretario de su marido, y acabó sintiendo la morbosa necesidad de flirtear con aquel muchacho, que al parecer era insensible a las mujeres.



Tan pronto como Margarita quedábase a solas con Currito, iniciaba una serie temeraria de coqueterías, que finalizaba dejándose caer en un diván provocativa e impaciente por saber hasta dónde llegaba la resistencia del amigo de su cuñado, y al despedir al joven, retenía sus manos entre las de ella, sonriendo con una expresión de gachonería, que hubiera encandilado al hombre más austero de la tierra.

Algunas veces Margarita se reprochaba mentalmente aquella perversa inclinación, y se hacía a sí misma propósitos de enmienda; pero en vez de curarse de su obsesión, por enardecer a Currito, al encontrarse ante éste, redoblaba sus reticencias como anhelante de una so-

lución a aquel absurdo estado de cosas.

Currito percatábase de las insinuaciones de la marquesa, sin recogerlas por galantería; pero sobrevino un instante en que, herido en su amor propio, quiso vengarse de tanta continuada vejación académica. El amaba demasiado su posición para comprometerla, arriesgándose a mostrarse impertinente con la mujer de su protector; pero en su propósito de castigarla, dispúsose a malherirla con las mismas armas que ella esgrimiera. Fingió creer en la sinceridad de aquellas insinuaciones de Margarita, y con el menor pretexto acercábase a ella, y poniendo en juego toda su habilidad de avivador de lujurias, consi-



guió hacerla apetecer formalmente lo que simulaba para exasperarle. Capciosamente, el joven logró adueñarse de la voluntad de la marquesa de Baxera, y ésta no tuvo más remedio que reconocer mentalmente que se había enamorado honradamente de Currito. A fuerza de jugar con el fuego del deseo se abrasaba en las llamas y entonces trató de reaccionar. Pero fué en vano, porque la obsesión de Currito la arrastraba al abismo y la hacía impacientarse por conocer los goces del adulterio con aquel guapo chico, que empezó menospreciando y que ahora codiciaba febrilmente.

La belleza de Currito, su simpatía y su talento, habían obrado una vez más su efecto, contribuyendo a

suavizar las asperezas de la marquesa de Baxera; pero lo más curioso es que él, que también empezó a flirtear sin sentirse interesado por la parte beligerante, terminó amando en serio, y tenía que desahogarse a solas evocando el picante atractivo de la mujer de su protector.

Encastillados ella y él en su concepto del deber, retardaban encarnizadamente el momento de la caída, y aquellas vacilaciones combinadas con sus furtivas ternezas, alentaban en ellos la hoguera del deseo insaciable e insaciado.

Muchas noches Margarita, al recibir el cotidiano homenaje conyugal, entornaba los ojos para forjarse la ilusión de que quien la estaba



gozando era Currito, con lo cual el espasmo sobrevenía más exquisito y rápido. En cuanto a Currito, destrozábase materialmente a fuerza de insistir en sus habilidades solitarias mientras se felicitaba por haber suavizado a la tarasca, que tan poderosamente contribuía con su recuerdo a acentuar el azul de las ojeras del muchacho.

CURRITO PERECE...

## VI

La pasión de Currito por la marquesa de Baxera no fué incompatible con la obsesión de María Teresa, que continuaba torturando la imaginación del *Ansioso*.

El recuerdo de ambas criaturas, tan fervorosamente deseadas, sumíale en un estado de abatimiento, que solamente combatía entregándose a los horrores de una frenética y estéril voluptuosidad. Un incesante fuego interior empezó a consumir a Currito, y dejó de ser el chiquillo

bondadoso y frívolo, para convertirse en un muñeco fastidiado y fastidioso, que prodigaba incongruencias o se encerraba en un mutismo inquietador. Perdió su piel el brillo de marfil que le caracterizaba, y unas ojeras de heliotropo sombrearon sus ojos apagados.

Advertía que la marquesa de Baxera le preocupaba rabiosamente, pero sus deberes levantábanse iracundos contra su instinto, y aquello le hacía enfurecerse consigo mismo y debatirse en angustiosas vacilaciones, que agravaban el convencimiento de que cualquier salida que buscara en tal laberinto sería peligrosa. Su picante fantasía mantenía el deseo en él; pero su devoción moral a Pocholo le obligaba a con-



tenerse, aceptando un sacrificio superior a las fuerzas del joven.

La estancia de María Teresa en la Corte hubiera contribuído a contrarrestar los delirantes efectos que la marquesa de Baxera obraba en Currito; pero la hija de la Bella Agripina permanecía en el colegio, para tormento del joven, que la añoraba con incurable melancolía.

Los paseos en coche por la Castellana o el Retiro, las visitas a teatros o tiendas, y las conquistas inesperadas, no eran suficientes a alegrar el espíritu de Currito, enfermo de deseos insaciados, y Pocholo, que se percataba del cambio radical manifestado en el carácter de su favorito, redoblaba las atenciones, los

mimos y los obsequios, con resultado negativo.

La tristeza y el desmejoramiento de Currito acentuábanse de día en día, y llegó un momento en que el marqués de Baxera propuso a su amigo que se hiciera reconocer por un médico. Pero Currito se negó, porque sabía que su dolencia era puramente moral, y no podía curarse con medicamentos ni con regalos. Ahora recibía con la mayor indiferencia las alhajas de las más caras joyerías, las camisas de seda de los principales establecimientos, y los trajes de los más reputados sastres. La coquetería de Currito extinguióse como por brujería, y sólo hallaba lenitivo a su infortunio encerrándose en sus habitaciones



del coquetón pisito de la calle de Ayala, para dar rienda suelta a sus anhelos en una estéril forma que coadyuvaba al desgaste de su organismo.

Herido por la repetición de tanta solitaria torpeza, que efectuaba en el gabinete, con la complicidad estimulante de la penumbra, sobre el diván repleto de almohadones, Currito empezó a debilitarse extraordinariamente; pero a pesar de darse cuenta del estado de agotamiento a que le conducían sus extravíos, proseguía incansable cultivándolos, y provocaba los más refinados latidos de goce monstruoso, las más quintaesenciadas convulsiones, y las más dulces fiebres de la lujuria de Onán.

La falta de equilibrio espiritual y físico atacaban a la naturaleza de Currito, que aceleradamente perdía plasticidad e inteligencia. La constante excitación hacíale sufrir y deleitarse alternativamente; pero ahuyentaba el brillo juvenil de las pupilas y la ardencia vibradora de la piel hasta el punto de envejecerle prematuramente. Algunos días despertaba luminoso y alegre, con la jocundidad comunicativa de la adolescencia; pero a medida que avanzaban las horas tornábase sombrío y receloso y sentía deprimírsele el corazón y dolerle la nuca como si le golpeasen con un martillo.

Había perdido la facultad de reaccionar, y la sola idea de salir a la calle conturbaba su razón, porque



todo cuanto veía produciale náuseas y no se encontraba satisfecho sino en la fragante soledad de su alcoba, donde podía perpetrar tranquilamente las consabidas ignominias que tanto consuelo le deparaban.

En el vicio de Onán había descubierto una fuente de goces inefables, porque todo sucedía a medida de su capricho. Con los ojos levemente entornados y en total desnudez, vivía, tendido sobre el lecho, unas horas de goce esplendoroso sin prejuicios ni contratiempos. En su mente tomaban carne las evocadas imágenes de la marquesa de Baxera y de María Teresa, y creía firmemente gozar a ambas con todos los detalles de una posesión rotunda y

magnífica. Ellas no pronunciaban otras frases que las que él deseaba, ni prodigaban otras caricias que las que él apetecía, y por eso sus cohabitaciones cerebrales tenían el doble encanto de lo ideal y de lo real.

Cuando el espasmo sobrevenía, borrábase la imagen de la hembra gozada y la sustituía la otra, con lo cual *el Ansioso* recobraba bríos. Como fanático creyente de una religion en que sólo existiesen prácticas individuales, Currito embriagábase en el ejercicio de continuados rezos que el marqués de Baxera deploraba, aunque no presentía.

En su afecto por Currito, Pocholo llegó a sospechar que tal vez radicase el abatimiento del joven en un



posible cansancio de la clase de relaciones existentes entre ellos. Pero tuvo que desechar tales presunciones al advertir la vehemencia con que Currito se entregaba con él a las ternuras acostumbradas. Vehemencias que significaban el deseo de Currito de volver a experimentar las sensaciones pasadas; pero que habían perdido ya su encanto y que no le dejaban tan plenamente regodeado como las nuevas voluptuosidades solitarias.

Pero una noche Currito hizo un descubrimiento que le dejó espantado.

Encontrábase en su alcoba debatiéndose febril entre las perfumadas sábanas del lecho, preparándose

mentalmente para una de sus solitarias orgías eróticas, cuando advirtió que la carne no respondía al llamamiento del cerebro y que sus hábiles caricias no despertaban la ansiada excitación. Pensó que tal vez un cansancio puramente físico fuera la causa de aquella rebeldía del cuerpo, y decidido a provocar el espasmo aun cuando fuera a costa de un esfuerzo grande, insistió en sus manipulaciones. Pero fué en vano: la materia se negaba a responder al espíritu, y Currito enfurecióse ante aquellos palpables síntomas de impotencia. Irritado consigo mismo, recurrió a los más descabellados procedimientos para conseguir enardecerse; pero cuanto más se empeñaba en ello, más ostensible



y ridícula aparecía su debilidad.

Desconcertado y rabioso dió media vuelta entre las sábanas y trató de conciliar el sueño; pero al amanecer del día siguiente tornaron a asaltarle mil visiones lúbricas, que en otras ocasiones le hubieran inflamado de deseos sexuales. Sólo que ahora las excitantes visiones no le causaban ningún efecto y la carne proseguía patentizando una impotencia desesperante. Era inútil que Currito evocase las sugestivas desnudeces de la marquesa de Baxera y de María Teresa; él continuaba dormido para el goce, y su pujante varonilidad quedaba convertida en un guiñapo inservible. Entonces, ante la gravedad de la sorpresa, los ojos de Currito se inundaron de lá-

grimas, que sólo cesaron cuando Pocholo, enterado de lo que sucedía, se brindó a consolar a Currito tratando de excitar su sensibilidad.

Mas la buena voluntad del marqués de Baxera, que recurrió a los procedimientos más infalibles, estrellóse ante la frialdad de Currito, que yacía sudoroso y jadeante, aplanado por la angustia que le producía aquella insospechable y repentina impotencia.

Se impuso la llamada a un médico, que examinó detenidamente a Currito, y su dictamen colmó de pavor a ambos amigos: Currito se había quedado impotente, y para lo sucesivo podía despedirse de cuanto significase expansión carnal. Aquella larga temporada de excesos so-



litarios, en que el cerebro y la materia rivalizaron desenfrenadamente, habían ocasionado el agotamiento sexual de Currito, que a los diez y nueve años veríase precisado a renunciar a las divinas sensaciones de la carne. A juicio del galeno, la impotencia de Currito no tenía cura y harto haría con salvar la vida del joven a fuerza de cuidados.

En efecto, los dolores de cabeza y los latidos de las sienes arreciaron, y un terrible dolor de nuca impidióle mantenerse erguido. Sentía escalofríos que le recorrían toda la espina dorsal, y su piel cobró una amarillez de pergamino. Apresuradamente y complicado con la depresión moral, llegaba el agotamiento físico, y hubo momentos en que Cu-

rrito temió caerse en la calle por efecto de unos extraños desvanecimientos que le privaban de la vista.

Pocholo le propuso recluirle en un sanatorio donde pudieran combatir el reblandecimiento medular, y Currito aceptó esperanzado con la idea de que tal vez el cambio de aires y el tratamiento de un especialista experto le devolviesen el tesoro perdido, y un atardecer de otoño Currito fué instalado por el marqués de Baxera en Villa-Flor, un sanatorio escogido como el más conveniente para recibir al enfermo.

Mas todos los cuidados del director del establecimiento resultaron estériles, porque la enfermedad de Currito permanecía estacionada



con gran indignación de éste, que no se reducía a vivir muerto para el deleite.

Y un día sobrevino la catástrofe. Uno de los enfermeros del sanatorio encontró a Currito tendido sobre un diván, inquietantemente pálido e inmóvil, vestido de etiqueta y luciendo sus más bellas alhajas.

El enfermero sacudió al joven intentando convencerse de que aquella inmovilidad y aquella palidez no eran mortales, y entonces comprobó que realmente Currito era cadáver.

Una sonrisa de felicidad iluminaba su rostro ambiguo, y hasta diríase que se había adornado con sus mejores galas para cambiar su primer beso con la Gran Demoledora.

Había muerto como los kalikos

de Ceylán, esos famosos pajaritos que perecen cuando los privan de la luz del sol. Para Currito, *el Ansioso*, la luz del sol era el placer erótico...

FIN DE LA NOVELA

Madrid-Marzo de 1920.




PROVISION
B.
1,